

EL MOTIN



CRONO-LITOGRAFIA.—JUSTINIANO, 10

Los que rezan por oficio.

Los que roban y asesinan por devoción.

gogía más repugnante, la demagogia de los ahitos, de los que luchan por lo superfluo, aunque lo superfluo sea la miseria de los demás. Todo ha caído al empuje de estos envergamentos de orden; el Parlamento podría, lleno de siete meses, de aventureros, de negociadores y agiotistas. No grite la hipocresía: todos nos conocemos. Por qué una vez siquiera, lo que en el coro se murmura no ha de decirse en voz alta?

Han hecho de los municipios antros, donde los compadres se reúnen para repartirse los bienes del enemigo; han hecho de las diputaciones proveedurías de cañiques; mientras los diputados elegidos por los pueblos han ido a los calabozos; de las Universidades, de la ciencia, de las cátedras, han hecho también modos de vida para unos cuantos rasos de inteligencia.

Ha habido crímenes como los de Velilla del Ebro; escándalos sanitarios de toda especie para encubrir dispéndios mas escandalosos; y se han repartido las sinecuras administrativas entre unos cuantos padres y unos cuantos hijos, y por si algo faltara han querido deshonrar la justicia, azuzándola constantemente, ya con expresas órdenes, ya con discursos en la tribuna, a caer sobre los adversarios...

No, esto no es un partido conservador; esto es la maldad, la perversión, la concupiscencia, el odio, la ira, el hambre, la codicia, todo lo que hay de fiera y de bestia en el hombre;—esto es el salvajismo y la deshonra; la crapula en acción...

Pero ¡ay! si aquí pudiéramos detenernos...

No. Hay que llegar hasta la consumación de las heces.

Esta gente es mas todavía; estas gentes son la cobardía y el asesinato; son el puñal que hiere a mansalva; la barbarie que no se aplaca con menos que con sangre.

¡Ah! ¡Infames! ¡Infames! ¿Qué habeis hecho en la Universidad? ¡Ah! cobardes, ¿qué habeis hecho con unas criaturas indefensas? ¡Ah! miserables, ¿qué os hicieron vuestras madres para que así las deshonrais al convertirlos en fieras?

Fieras sois, no hombres, que los hombres no acometen a niños, ni ofenden groseramente a nobles ancianos.

¡Oh! No; cien veces no; ¡qué ha de ser esto un partido conservador!

Que las madres lean los horrores que siguen a estas líneas; que los hombres honrados mediten sobre tantos horrores, y después ellos, mejor que nosotros, dirán si esta vez conservadora es un partido honrado, o si es simplemente una horda organizada.

Otra vez repitamos las palabras de Rios Rosas:—¡Miserables! ¡Miserables! ¡Miserables!

Y que el país no los olvide y que Dios no los perdone!
(De El Progreso).

LA UNION DE LA DIGNIDAD.

Republicanos, izquierdistas, fusionistas, todos los que en más o menos grado amemos la libertad que tantos sacrificios ha costado implantar en este desgraciado país, olvidemos en este momento todo lo que nos separa para acordarnos solamente de lo que nos une.

Y ante este conjunto de infamias, ante esta conjuración de bastardas pasiones, ante estos esbirros de la reacción sedientos de sangre, acaben las diferencias entre nosotros, hermanos que fuimos en Alcolea, y aunemos nuestros esfuerzos para acabar con los conservadores.

¿Hemos reñido batallas? No lo recuerdo ya. ¿Nos hemos maltratado en el calor de la lucha? Lo ignoro. Solo sé en este instante que hemos emigrado juntos, hemos combatido juntos y hemos triunfado juntos.

En nombre de los que quedaron tendidos en las calles de Madrid el 22 de Junio del 66 y los que fueron fusilados en las afueras; en nombre de los que sucumbieron el 67 en Llinas de Marcuello; en nombre de los que se sacrificaron por nuestra honra y nuestra libertad en Alcolea, y en nombre de todos los que antes y después han perdido su vida en defensa de la libertad, unámonos todos para derrocar a este gobierno miserable.

Y así como las familias desunidas olvidan sus rencores ante el lecho mortuario de uno de sus individuos, nosotros, miembros de la gran familia liberal, debemos olvidar rivalidades ante la muerte... No; peor aún que la muerte: ante la vergüenza de la patria.

HERODES VILLAYERDE

Pormenores de sus hazañas:

De El Globo:

«Su Excelencia llegó a la puerta de la Universidad; paróse en el dintel; colocóse en jarras, según lo hace habitualmente; ostentó así por completo su ventruda figura, y mirando así, a lo bizco, como él sabe, hizo tal cual movimiento de cabeza, que así podía significar desafío como manifestación de hombre terne. Verle los veinte ó treinta estudiantes que estaban en lo alto de la escalera y gritar: ¡fuera! fue una misma cosa.

Más que el Sr. Villaverde valía el señor Aguilera, y sin embargo en caso semejante dejó su bastón de mando en poder del portero, y entró como simple gobernador. Pero el señor Fernandez Villaverde estaba afeitado para el caso por el señor Cánovas, y dirigiéndose al señor Oliver, le dijo:

—Desaloje usted inmediatamente y a la fuerza la Universidad.

Y como el señor Oliver se detuviera un tanto a recapacitar, el señor Villaverde gritó:

—No ha oído usted mi orden?

Y Oliver se retiró, y antes de dos minutos, sube en mano y algunos con los revolvers en la izquierda, penetraron en la Universidad hasta unos cuarenta de orden público, todos a escape, encendidos en ira y furia implacable.

Lo que entonces sucedió no puede reseñarse. Los estudiantes, los más de ellos de catorce a diez y seis años, corrieron desolados buscando un refugio. Escondiéndose así muchos en las cátedras que estaban abiertas, en los decanatos, en la Biblioteca, en todas partes. Siendo la confusión mayor, por terminar en aquel momento algunas clases numerosas, cuyos alumnos encontráronse con aquella carga, que no sabían lo que era ni a qué venía.

Y sucedió lo que no puede menos, tratándose de hombres sin cultura, irascibles, llenos de rabia por los días que llevan yendo y viniendo, y fué, que los más de los guardias se cebaron en aquellos indefensos jóvenes. Verdad es, que para animarlos, iba detrás de ellos el coronel Oliver gritando:

—¡Duro! ¡Duro!

Reseñar las escenas de horror que entonces pasaron, es imposible. Los más daban con el corte y con tanta fuerza, que uno de ellos, no habiendo alcanzado a aquel a quien dirigía el golpe, al dar el sable sobre la piedra de la escalera, rompió en dos pedazos la hoja.

Otros penetraron, siguiendo a los que huían, hasta dentro de una cátedra; y como los que corrían siguieron adelante, dirigieron los golpes a los que estaban sentados en un banco oyendo la explicación de su catedrático. De este modo fué gravemente herido el joven Kovira y Muñoz.

Otros llevaron la barbarie hasta lo increíble. Unos diez ó doce

estudiantes habíanse cobijado bajo una mesa del Decanato de Derecho. Pues rodearon esta mesa unos cuantos agentes y pinchando a los que estaban debajo con las puntas de los sables, decíanles:

—¡Salid... tales.

El tales, es una palabra que no nos atrevemos a escribir.

—Salid... tales.

«A las dos y media salió de su cátedra el profesor de patología médica D. Alejandro San Martín, acompañado del profesor clínico Sr. Cervera, y del ayudante Sr. Ubeda. Al salir dichos señores de San Carlos, se les reunieron algunos estudiantes de los dispersos, y todos se dirigían hacia la plaza de Anton Martín, cuando en dirección contraria vieron venir al Sr. Villaverde y al Sr. Oliver. Delante del grupo del Sr. San Martín y los alumnos, parece, según nos han referido varios testigos presenciales, que iba un estudiante de bachillerato de poca edad y mas bullicioso que agresivo, dando saltos y brinco y algún que otro grito inocente.

Uno de los guardias de los que estaban destacados por toda la calle, tiró de sable y dió tres cintarazos al joven estudiante, el cual, a uno de los golpes, cayó al suelo de boca con un vómito de sangre.

Sea exacto ó no este detalle, al ver el Sr. San Martín como golpeaban al estudiante, dijo precisamente en el momento que llegaban al grupo el gobernador y el jefe de orden público: «Esto es horrible; así no se golpea mas que en los países barbaros.»

Al oír estas palabras, el señor Villaverde le dijo con gran propoheya que su conducta era de rebeldía, pues que salía a la defensa de los revoltosos.

—Yo no consiento, señor gobernador, replicó entonces el señor San Martín, calificaciones injustas y ofensivas.

—Pues ya lo veremos. Por lo pronto, vaya usted detenido al gobierno civil.

El señor San Martín, respetuoso siempre con el principio de autoridad, se dispuso a andar, pero para evitar el espectáculo de ir entre guardias por la calle, rogó que le permitieran tomar un coche.

—Ni coche ni San Coche, le dijo Oliver.

Caminito y andando, pues, se dirigió el señor San Martín al gobierno civil, donde penetró, no *molu proprio*, sino empujado violentamente por el señor Villaverde.

—¡Oh! prorumpió indignado el digno profesor. Reniego de la catredra y reniego de ser español, si España es este desdichado país.

La Iberia refiriendo los sucesos del día de Santa Isabel:

«El Gobierno preparó anoche la cacería que hoy se ha verificado.

Los periódicos ministeriales hacían esta mañana indicaciones bastante claras respecto de este punto; el Sr. Cánovas y el Sr. Romero Robledo dispusieron la cruel acometida que ha realizado el Sr. Villaverde con la discreción que le es peculiar, con ese tino que ha dado lugar durante su mando a que los ladrones lleguen hasta la cama del ministro de la Gobernación, a que los asesinos de los niños del Canal se rían de la justicia y a que en el cerro de los Angeles murieran algunos individuos víctimas de sus disparatadas medidas sanitarias.

Esto rebaja la categoría de Villaverde; ya no es Herodes, es solo un sicario encargado de acuchillar inocentes.

Los verdaderos Herodes son Cánovas y Romero. En Judea había uno; aquí, más afortunados, los tenemos a pares.

El Estandarte, periódico ministerial, da cuenta de los atropellos cometidos y dice:

«Hemos oído que se encuentran también con algunas lesiones los señores Esquer, Rubin y Muñoz, Picerra Saiz, Bonilla y Olazabal, y nuestros queridos compañeros en la prensa (que por cierto es la que siempre paga los vidrios rotos, como vulgarmente se dice), Campello, de El Globo; Moya, de El Liberal; Cardenas, de La Epoca; y García Alonso, de El Correo.

Es decir, la prensa de todos los matices.

¡Igualdad ante el sable de Herodes Villaverde!

SALUDO A LAS VICTIMAS.

Si el que cae peleando, sea cualquiera la causa que defienda, merece el aplauso y respeto de los demás, ¿qué mucho que EL MOTIN se descubra respetuosamente y salude a los que, sin más armas que su derecho, han caído ensangrentados bajo el sable de los esbirros de la reacción, o yacen en prisiones?

Temprano, ¡oh! jóvenes de la generación que ha de seguirnos, comenzad a ser víctimas de vuestro amor a los fueros de la verdad y de la justicia! ¡Temprano habeis aprendido, a costa vuestra, que ni el derecho ampara ni la legalidad defiende a los que no se presantan a doblar cobardemente la cabeza ante la reacción clerical hoy triunfante!

Si el dolor que sufrís al pensar en las angustias y terrores que a estas horas estarían sufriendo vuestras madres, puede mitigarse en algo con la simpatía que hace menores las penas compartidas, ese dolor debe desaparecer por completo; que todos los corazones honrados están con vosotros.

AL CABO DE LOS AÑOS MIL.

¿Cuál es hoy el hombre más popular de la izquierda? Becerra. ¿Por qué? Porque amenaza.

Todos los izquierdistas son muy monárquicos, todos creen posible la alianza de la monarquía con la democracia, todos hablan de su respeto al trono.

Pero se levanta Manolo, y entre párrafo de historia y trozo de democracia, lanza una pullita belicosa, y se da a ver el entusiasmo, y de oír los aplausos de aquellos monárquicos convencidos.

Si en vez de salir Lopez Dominguez a predicar por esas provincias, sale él, ¡Cristo mío! y la qué se arma: en Londres se hubieran oído las aclamaciones y los vivas.

Y es que no sirve darle vueltas: la democracia tiene su forma natural y única de gobierno, y es inútil querer casarla con otra.

A los izquierdistas, que al fin y al cabo estuvieron en Alcolea, les ha sucedido lo que al hombre serio que se viste de máscara en Carnaval por creer que se va a divertir.

Se disfrazó ¿de qué diré yo? de cualquier cosa, de oso por ejemplo; sale de su casa, rodeándole los chiquillos, da unos cuantos brinco, se cansa de andar de

acá para allá, y al ver que no le hacen caso y que no se divierte, tira la careta.

Y vuelve a ver claro; y a respirar aire puro; y se avergüenza a sus solas de aquella debilidad; y en fin...

Que solo tardarán los izquierdistas (los de importancia, no los de polvo de arroz perfumado ni esa chiquillería familiar que anda siempre al olorillo del plato de lentejas), solo tardarán, repito, en volver al campo revolucionario lo que tarde en haber una crisis y ver de nuevo en el poder a Sagasta.

Y como esto está próximo, tienen gran importancia las palabras pronunciadas últimamente por Becerra: «Nosotros no renunciamos a la revolución.»

A «EL ECO NACIONAL»

He leído con mucho gusto, apreciable colega, tu artículo *ideas sin hombres* dedicado a rebatir el que escribí yo en el número 46, bajo el título de *Vanos temores*.

Conformes en que los jefes republicanos carecen hoy de la popularidad que tenían en 1873; pero como precisamente la perdieron por falta de iniciativa y de valor para ejecutar las reformas que la opinión reclamaba, nada más fácil que volver a adquirirla.

Lo demás que dices de desbordamiento de masas fanáticas, delirios brutales, etc., etc., es impropio en tí que vienes del campo de la libertad, y deberías dejarlo íntegro para los conservadores.

¡Pobre pueblo republicano del 73, tan llevado y traído, y tan calumniado; que si de algo pecó fué de inocente, y que ni fusiló a los facciosos de la plaza de toros, ni robó en Cartagena, como hubieran hecho los monárquicos a hallarse en su pellejo en aquellas circunstancias!

Mas salgamos de este terreno, que es resbaladizo para mí, porque me llevaría muy lejos, y terminemos dándote yo las gracias por haber tenido la noble franqueza de escribir este párrafo:

«No negaremos que entre la juventud republicana hay hombres que prometen ser verdaderas ilustraciones, oradores elocuentes, voluntades rectas, hombres de fe, entusiastas, idealistas.»

¿Qué importa que a renglón seguido les niegues condiciones para hacer arraigar en la realidad la idea nueva, porque no han pasado por el gobierno?

Si tienen ilustración para juzgar, elocuencia para convencer, voluntad recta para obrar, fe para combatir y entusiasmo para triunfar ¿crees tú que va a perjudicarles en la práctica eso que llamas idealismo, y que se traducirá en aumento considerable de energía?

Y esa energía, y esa fe, y esa voluntad, son las que necesitan las ideas para imponerse, y los pueblos para salvarse. Y ya verás como ocurre así.

PALOS Y PEDRADAS

Suma y sigue.

Denunciado *El Liberal*, *Las Dominicales del Libre Pensamiento*, *El Zorrillista* y *El Correo*, en Madrid; *El Pueblo Catalán* y *El Busilis*, en Barcelona; *El Vinapaló*, en Elche y *La Union*, de Güines (Cuba).

Se continuará.

Para añadir el insulto y la provocación al atropello y a la sangre, el gobierno ha nombrado rector de la Universidad de Madrid al Sr. Creus, ultramontano y miembro de la Unión Católica.

Me alegro; si me hubiera tomado parecer, no habría hecho nombramiento más a mi gusto.

ADVERTENCIAS

Hemos puesto ya a la venta el primer tomo del célebre libro de Eugenio Sué, **EL JUDIO ERRANTE**, que hemos dividido en tres, al precio de TRES pesetas cada uno. En todo el mes actual se publicarán el segundo y tercero.

Consta el primer tomo de 39 pliegos, ó sean 624 páginas, impreso en excelente papel con claros y elegantes tipos de letra.

Los suscritores directos a **EL MOTIN**, obtendrán la rebaja del 25 por 100 en sus pedidos.

Se ha puesto a la venta el **Almanaque de EL MOTIN para 1885**.

Trabajos escogidos, 38 grabados intercalados en el texto y una elegante cubierta de ocho colores al cromo.

Doscientas páginas.—UNA PESETA en toda España.

LIBROS EN VENTA

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS por R. H. Ibarreta. Esta extraordinario éxito ha alcanzado y que ha sido CUATRO VECES EXCOMULGADA, consta de dos tomos, que se venden cada uno a peseta.

EL CITADOR (Comentarios a la Biblia), escrito en francés por Pigaul-Lebrun. Versión castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

DE LOS JESUITAS. Compendio de las lecciones que dieron en el Colegio de Francia los ilustres escritores demócratas Michelet y Quinet, con un extenso prólogo de Don Luis Barthe. Precio: dos pesetas.

Madrid.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12,